



Cómo detener el tiempo **Matt Haig**



DESTINO

Cómo detener el tiempo

Matt
Haig

Traducción de
María José Díez Pérez

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1443

Título original: *How to Stop Time*

© Matt Haig, 2017

Publicado de acuerdo con Canongate Books Ltd, 14 High Street,
Edimburgo EH1 1TE

© por la traducción, María José Díez Pérez, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2018

ISBN: 978-84-233-5438-2

Depósito legal: B. 20.602-2018

Composición: gama, sl

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web

www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Soy viejo.

Eso es lo más importante que quiero decirte. Lo que es menos probable que creas. Si me vieses, seguramente pensarías que rondó los cuarenta, pero no podrías estar más equivocado.

Soy viejo. Viejo como lo es un árbol o una almeja de Islandia o un cuadro renacentista.

Para que te hagas una idea: nací hace más de cuatrocientos años, el 3 de marzo de 1581, en la habitación de mis padres, que se hallaba en la tercera planta del pequeño *château* francés que en su día era mi casa. Por lo visto, era un día caluroso para la época del año, y mi madre le pidió a la comadrona que abriese todas las ventanas.

«Dios te sonrió», decía mi madre. Aunque creo que debería haber añadido que —si ese Dios existía— a partir de ese momento la sonrisa pasó a ser un ceño fruncido.

Mi madre murió hace mucho. Yo, en cambio, no.

Verás, tengo un trastorno.

Durante bastante tiempo pensé que era una enfermedad, pero lo cierto es que ésa no es la palabra adecuada. Enfermedad implica mala salud, consumirse, así que es mejor decir que tengo un trastorno. Poco común, pero no único. Uno del que nadie sabe nada hasta que lo tiene.

No figura en ninguna publicación médica oficial ni tiene un nombre oficial. El primer médico reputado que se lo dio, en la década de 1890, lo llamó *anageria*, pero, por motivos que ya se verán, nunca llegó a ser de dominio público.

El trastorno aparece en torno a la pubertad. Lo que sucede después es..., en fin, no mucho. En un principio, el

que sufre el trastorno no es consciente de que lo tiene. Después de todo, cada día la gente despierta y ve el mismo rostro que vio en el espejo el día anterior. Día tras día, semana tras semana, incluso mes tras mes, la gente no cambia de forma muy perceptible.

Sin embargo, a medida que pasa el tiempo, en cumpleaños u otras fechas anuales señaladas, la gente empieza a darse cuenta de que uno no envejece.

La verdad, no obstante, es que el individuo no ha parado de envejecer. Envejece exactamente igual, sólo que mucho más despacio. La velocidad a la que envejecen los que tienen anageria fluctúa un tanto, pero por lo general la proporción es de uno a quince. A veces es de un año por cada trece o catorce años, pero en mi caso se acerca más a los quince.

De manera que no somos inmortales. Ni nuestra mente ni nuestro cuerpo permanecen en la inacción. De acuerdo con los últimos avances de la ciencia, siempre en constante cambio, es sólo que varios aspectos de nuestro proceso de envejecimiento —la degeneración molecular, los enlaces cruzados entre células en un tejido, las mutaciones celulares y moleculares (incluidas, y esto es lo más significativo, en el ADN nuclear)— se dan en un marco temporal distinto.

El pelo se me pondrá gris. Puede que me quede calvo. Es probable que padezca osteoartritis y pérdida auditiva. También cabe la posibilidad de que sufra de presbicia, esa deficiencia causada por la edad. Y acabaré perdiendo masa muscular y movilidad.

Cierto que una peculiaridad de la anageria es que suele fortalecer el sistema inmunitario, que protege de muchas (no de todas) infecciones virales y bacterianas, pero al final incluso éste empieza a debilitarse. No es mi intención aburrirte con la ciencia, pero por lo visto nuestra médula ósea produce más células madre hematopoyéticas —las que contribuyen a la formación de glóbulos blancos— durante nuestros años de plenitud, si bien es

importante destacar que eso no nos protege de sufrir heridas o desnutrición, y no dura siempre.

Así que no me consideres un vampiro sexi, siempre en el punto más alto de la virilidad. Aunque debo decir que puede dar la sensación de que uno está siempre en ese punto cuando, por tu aspecto, sólo transcurre una década entre la muerte de Napoleón y la llegada del hombre a la Luna.

Uno de los motivos por los que nadie sabe nada de nosotros es que la mayoría de la gente no está preparada para creerlo.

Los seres humanos, por regla general, sencillamente no aceptan lo que no encaja con su visión del mundo. Así que podrías decir: «Tengo cuatrocientos treinta y nueve años» sin problema, pero en general la respuesta sería: «¿Estás loco? O eso o muerto».

Otro motivo por el que la gente no sabe nada de nosotros es que gozamos de la protección de una especie de organización. Todo el que descubre nuestro secreto, y se lo cree, por lo general suele encontrarse con que su corta vida se acorta incluso más. De modo que el peligro no proviene únicamente de las personas normales y corrientes.

También proviene de dentro.

Sri Lanka, hace tres semanas

Chandrika Seneviratne estaba debajo de un árbol, a la sombra, a cien metros aproximadamente detrás del templo. Las hormigas le corrían por el arrugado rostro. Tenía los párpados cerrados. Percibí movimiento entre las hojas y, al levantar la vista, vi que un mono me miraba con ojos críticos.

Le había pedido al conductor del *tuk-tuk* que me llevara a ver monos al templo, y me dijo que ese de color pardo rojizo que casi no tenía pelo en la cara era un macaco de Sri Lanka.

—Está en peligro de extinción —señaló—. No quedan muchos. Éste es su sitio.

El mono salió disparado y desapareció entre las hojas.

Le toqué la mano a la mujer: estaba fría. Me figuré que debía de llevar allí alrededor de un día, nadie la había encontrado aún. Le cogí la mano y comencé a llorar. Resultaba difícil precisar cuáles eran las emociones que sentía. Una creciente oleada de pesar, alivio, tristeza y miedo. Me entristecía que Chandrika ya no pudiera responder a mis preguntas, pero también suponía un alivio no haber tenido que matarla. Sabía que ella habría tenido que morir.

El alivio que sentí se convirtió enseguida en otra cosa. Quizá fuese la tensión o el sol, o es posible que se debiera a los huevos que había desayunado, pero lo cierto es que empecé a vomitar. Fue en ese momento cuando lo supe: «No puedo seguir haciendo esto».

En el templo no había cobertura, así que para llamar a Hendrich esperé hasta estar de vuelta en la habitación de mi hotel, en la antigua ciudadela de Galle, protegido por la mosquitera, sudando por el calor y mirando el lento e ineficaz ventilador del techo.

—¿Has hecho lo que tenías que hacer? —me preguntó.

—Sí —repuse, una verdad a medias. Después de todo, el resultado era el que él quería—. Está muerta. —A renglón seguido, pregunté lo que preguntaba siempre—: ¿La habéis encontrado?

—No —negó, como siempre—. No la hemos encontrado. Todavía no.

Todavía, una palabra que podía atraparte durante décadas. Sin embargo, esta vez yo gozaba de una renovada seguridad en mí mismo.

—Hendrich, te lo pido por favor. Quiero una vida normal y corriente. No quiero hacer esto.

Él suspiró cansado.

—Tengo que verte. Hace mucho que no te veo.

Los Ángeles, hace dos semanas

Hendrich volvía a estar en Los Ángeles. No vivía allí desde la década de 1920, así que supuso que era seguro hacerlo y que no quedaba nadie vivo que pudiera recordarlo de antaño. Tenía una gran casa en Brentwood que hacía las veces de sede de la Sociedad Albatros. Brentwood era un lugar perfecto para él: un terreno perfumado con geranios donde se alzaban casas grandes detrás de altas vallas y muros y setos, en cuyas calles no había transeúntes, y todo, incluso los árboles, parecía tan perfecto que rozaba lo aséptico.

Me quedé impresionado al ver a Hendrich, sentado en una tumbona junto a la gran piscina, con el portátil en las rodillas. Por lo general, siempre estaba más o menos igual, pero no pude evitar notar el cambio: parecía más joven. Seguía siendo viejo y artrítico, pero desde luego tenía mejor aspecto que hacía un siglo.

—Hola, Hendrich —lo saludé—. Tienes buen aspecto.

Él asintió, como si no fuese ninguna novedad.

—Bótox. Y un *lifting* de cejas.

No bromeaba. En esta vida había sido cirujano plástico. La historia oficial era que, después de jubilarse, dejó Miami y se instaló en Los Ángeles. De ese modo evitaba el problema de no tener pacientes en ese lugar. Aquí se llamaba Harry Silverman. («Silverman. ¿No te gusta? Suena a superhéroe anciano, que en cierto modo es lo que soy.»)

Me senté en la otra tumbona. La chica, Rosella, nos trajo dos *smoothies* de un color crepuscular. Reparé en las

manos de Hendrich: parecían viejas. Tenían manchas y pellejos y venas azules. Los rostros podían mentir con más facilidad que las manos.

—Espino cervical de mar. Una pasada. Está asqueroso. Pruébalo.

Lo increíble de Hendrich era que siempre estaba al día. Lo había hecho siempre, creo. Sin duda desde la década de 1890. Hacía siglos, cuando vendía tulipanes, probablemente fuese igual. Resultaba peculiar. Era mayor que todos nosotros, pero siempre iba al compás de la época que le tocase vivir.

—La cosa es —empezó— que en California la única manera de que parezca que uno envejece es dando la impresión de que se es más joven. Si puedes mover la frente pasados los cuarenta, la gente desconfía.

Me dijo que había estado unos años en Santa Bárbara, pero se acabó aburriendo.

—Santa Bárbara es agradable. Es el paraíso, con un poco más de tráfico. Pero en el paraíso nunca pasa nada. Tenía una casa en las colinas, bebía vino de la zona cada noche, pero me estaba volviendo loco. Me daban ataques de pánico constantemente. En siete siglos no había sufrido un solo ataque de pánico. He vivido guerras y revoluciones, y nada. Pero llego a Santa Bárbara y me veo despertando en mi bonita villa con el corazón latiéndome como un loco y con la sensación de estar atrapado en mi propia persona. En cambio, Los Ángeles es otra cosa. Los Ángeles me dio la tranquilidad que necesitaba, te lo aseguro...

—Sentirse tranquilo. Debe de ser una sensación agradable.

Me escudriñó un rato, como si yo fuera una obra de arte con un significado oculto.

—¿Qué sucede, Tom? ¿Me echabas de menos?

—Algo por el estilo.

—¿Qué pasa? ¿Tan mal te trató Islandia?

Viví en Islandia ocho años, antes de cumplir mi breve misión en Sri Lanka.

—Era un sitio solitario.

—Pero creía que querías soledad, después de la temporada que pasaste en Toronto. Dijiste que la verdadera soledad era estar rodeado de gente. Además, eso es lo que somos, Tom: seres solitarios.

Cogí aire, como si fuese a bucear bajo la frase siguiente.

—No quiero serlo más. Quiero dejarlo.

No hubo una gran reacción. Hendrich ni siquiera pestañeó. Le miré las manos nudosas y los nudillos hinchados.

—No puedes dejarlo, Tom. Y lo sabes. Eres un albatros, no una efímera. Eres un albatros.

La idea subyacente a los nombres era sencilla: tiempo atrás se creía que los albatros eran criaturas muy longevas. Lo cierto es que sólo viven unos sesenta años; mucho menos que, por ejemplo, los tiburones de Groenlandia, que pueden vivir cuatrocientos años, o la almeja de Islandia, a la que los científicos llamaron *Ming* porque nació en tiempos de la dinastía Ming, hace más de quinientos años. En cualquier caso, éramos albatros. O albas, para abreviar. Y los demás seres humanos del planeta eran insignificantes efímeras. Recibían ese nombre por el insecto acuático cuyo ciclo vital duraba un día o —en el caso de una subespecie— cinco minutos.

Hendrich siempre se refería a otros seres humanos, normales y corrientes, como efímeras. Y a mí su terminología —una terminología que había arraigado en mí— me resultaba cada vez más ridícula.

Albatros, efímeras. Una auténtica estupidez.

A pesar de sus años y su inteligencia, Hendrich era básicamente inmaduro. Era un niño. Un niño increíblemente mayor.

Eso era lo deprimente de conocer a otros albas: uno se daba cuenta de que no éramos especiales. No éramos superhéroes. Sólo éramos viejos. Y que, en casos como el de Hendrich, daba lo mismo los años o las décadas o los siglos que hubieran pasado, porque uno siempre vivía

dentro de los parámetros de su personalidad. Eso era algo que por mucho que se dilataran el tiempo y el espacio no iba a cambiar: uno nunca podía huir de sí mismo.

—Me parece una falta de respeto, si te soy sincero —me dijo—. Después de todo lo que he hecho por ti.

—Agradezco lo que has hecho por mí... —Vacilé: ¿qué había hecho exactamente por mí? Lo único que había prometido hacer no había sucedido.

—¿Eres consciente de cómo es el mundo moderno, Tom? No es como en los viejos tiempos. No puedes cambiar de dirección y hacer constar tu nombre en el libro parroquial. ¿Sabes cuánto he tenido que pagar para que tú y los otros miembros estéis a salvo?

—Si es así, podría ahorrarte algún dinero.

—Siempre he sido muy claro a ese respecto: ésta es una calle de sentido único...

—Una calle de sentido único por la que nunca pedí transitar.

Bebió de la pajita, poniendo cara de asco por lo mal que sabía el *smoothie*.

—Como la vida misma, ¿no es cierto? Escucha, muchacho...

—No soy lo que se dice un muchacho.

—Tomaste una decisión. Fuiste tú quien decidió ir a ver al doctor Hutchinson...

—Y jamás habría tomado esa decisión de haber sabido lo que le pasaría.

Removió un poco el líquido con la pajita y dejó el vaso en la mesita que tenía al lado para tomar un suplemento de glucosamina para la artritis.

—En ese caso, habría ordenado que te mataran. —Soltó su peculiar graznido para dar a entender que era broma. Pero no lo era. Por supuesto que no—. Te propongo un trato, un arreglo: te daré la vida que quieras (la que tú quieras), pero cada ocho años, como de costumbre, recibirás una llamada, y antes de que escojas tu siguiente identidad, te pediré que hagas algo.

Yo ya había oído eso antes, claro está. Aunque lo de «la que tú quieras» nunca era eso: me ofrecería un puñado de sugerencias y yo escogería una. Mi respuesta también le resultó familiar.

—¿Se sabe algo de ella? —Era una pregunta que ya había formulado cien veces, pero que nunca había sonado tan patética, tan desesperanzada, como sonaba ahora.

Miró la bebida.

—No.

Me di cuenta de que lo decía un poco más deprisa que de costumbre.

—¿Hendrich?

—No, no he sabido nada. Pero, escucha, estamos encontrando a otras personas a una velocidad asombrosa: más de setenta, el año pasado. ¿Recuerdas cuando empezamos? Cinco, en un buen año. Si todavía quieres dar con ella, sería una locura querer dejarlo ahora.

Oí que algo caía a la piscina. Me levanté, me acerqué al borde y vi un ratoncito que nadaba desesperadamente por delante de un filtro. Me arrodillé y lo saqué del agua. El animal salió disparado hacia el cuidado césped.

Hendrich me tenía en sus manos, y lo sabía. No había forma de dejarlo y salir con vida. Y, aunque la hubiese, era más fácil quedarse. Resultaba reconfortante: como un seguro de vida.

—¿La vida que yo quiera?

—La vida que tú quieras.

Estoy casi seguro de que, tal como era él, supuso que pediría algo extravagante y caro. Que querría vivir en un yate frente a la costa amalfitana o en un ático en Dubái. Pero yo había estado dándole vueltas a la cuestión y conocía la respuesta:

—Quiero volver a Londres.

—¿A Londres? Probablemente ella no esté allí, ya sabes.

—Lo sé. Pero quiero volver. Sentirme como en casa otra vez. Y quiero ser profesor. De historia.

Se rio.

—Profesor de historia. ¿Como en un instituto?

—Ahora lo llaman enseñanza secundaria. Pero sí, profesor de historia en un instituto. Creo que no estaría mal.

Y Hendrich sonrió y me miró un tanto confuso, como si hubiese pedido pollo en lugar de langosta.

—Me parece perfecto. Sí. Bueno, sólo tendremos que organizar algunas cosas y...

Y mientras él continuaba hablando, yo seguí con la mirada al ratón, que desapareció por debajo del seto y se dirigió hacia las oscuras sombras, hacia la libertad.